

Si por sendas y caminos
es mensajero de paz,
o es malvado que comercia
con cosas de santidad.

Si el mendigar el sustento
con que el hambre mitigar,
halló el corazón ajeno
propicio a la caridad.

Si tendrá deudos y amigos
que su vuelta esperarán,
y la ilusión del retorno
sus pasos confortará.

O si es alma que carece
de parientes y de hogar,
y sin brújula ni rumbo,
camina por caminar.

Si las pruebas que aun le esperan,
paciente soportará,
y de su duro calvario
verá el ansiado final.

O si una noche, la muerte,
por fin, le sorprenderá,
entre quejas y suspiros
que nadie recogerá.

Es, madre, una interrogante
difícil de contestar,
aquel grave peregrino
que por el camino va.

Y pues la vida es sendero,
se me ocurre preguntar,
si de cualquiera que pase
podremos decir igual.

VICENTE NERÍA

Siesta Extremeña

El tiempo se ha hecho grasa y ondula leve con el aire grave, que se reviene de sí mismo, oliéndose a sudor. Toda la tarde es quieta, redonda y sonora como una membrana fonográfica, irradiada de caminos tensos y calinos. En el cielo ganglionado de verano, unas nubes migajosas, de hueso, de color de fraile, se pegan bajas al aire caliente y tímido, donde flota, como en grasa líquida, un milano dormido, que planea círculos desgadamente. La vellosidad de las siembras, se deja ondular por vientos flojos que la ahogan en cosquilleos de nuca, o la tornasolan con roces de pana fina. Todo el sembradío, de color de cuero, se adhiere, como un bisoñé, al contorno ancho y atiranta la atmósfera de agua muerta. El campo palpita y suena, como si hirviera. Son sonoras hasta las encinas. En un charco de agua orinienta, que rehuele de poleos tostados, berrean batricios tartamudos y obcecados. Muchas chicharras, en inútil cancionero, se frien en el aceite del bochorno. Caída la luz sucia, se encharca y el aire nervioso, de gotas de mercurio, tiembla en relejes, como un pentagrama vacío de notas. Todas las lejanías se forran con el vaho de la siesta, palpitando la tierra anchurosamente, como el tórax de un campesino que duerme. Una encina anciana, que parece renqueante y con sombrilla, se encharca en su sombra caída, agujereada de manchas de sol, como una gorra; y en esa sombra, descansa un burranquino azul, de humo iluminado.

Tiene algo esta siesta de tarde enferma, siquiera por sus nubes infartadas. Es una tarde de goma caliente, casi líquida, y huele, a ratos como si se estuviera pudriendo. Afortunadamente, la ruda y el tomillo, en el pecho, en los costados, en las sienas de los cerros, y el cilantro y el poleo en los labios de los regatos y en las axilas de las vegas y las umbrías, desinfectan la tarde y dan a las encinas una regustada sensación de viejecitas limpias. Pero la hora pesa y el campo parece ensimismado, y el tiempo está dormido en lentitudes... Flota una cigüeña, en el aire espeso. Cruzan tórtolas a pares, y los pardales caídos en el pasto, chillan flojos y andan cansados, exagerando graciosamente su cojera. Pajean en los rastros de las senaras los lagartos elásticos y cubistas. Toda la soledad está zumbada por el amor de las tórtolas y ahuecada por el rumor de las abubillas. Viajan pocos pájaros cansados por los carriles de la luz muy vieja... Una voz lenta que canta, ahonda la soledad en lejanías. Suenan voces próximas de labriegos por los caminos. Huele a hierro resudado, a tiempo detenido y encharcado con leve acidez de verdolaga. Toda la siesta está absorta en su sequía...

PEDRO CABA